ROJO Y BLANCO



Año II número 9

DORNALECHE Y REYES

ACTUALIDADES EXTRANJERAS

El doctor Potain

Gran sentimiento ha causado entre los que se ocupan de medicina el fallecimiento del doctor Potain, profesor de la Academia de Medicina de París é ilustrado médico.

El profesor Potain que murió súbitamente, había nacido en París el 10 de Julio de 1825. Pertenecía á la Academia de Medicina desde 1882 y era Comendador de la Legión de Honor.



Durante toda su carrera se distinguió por su actividad que dividía entre sus clases, su clínica, que era siempre de las más concurridas y su importantísima clientela.

La facultad de París pierde en él uno de sus profesores más eminentes, la ciencia médica francesa uno de sus más reputados representantes.

Entre nosotros el doctor Potain contaba con amigos, pues muchos de los jóvenes médicos orientales que han ido á perfeccionarse á la Academia de Medicina de París, han sido asíduos concurrentes á sus clínicas en *La Salpêtrière*.

"LE MASCHERE" DE MASCAGNI

Los telegramas de la prensa diaria primero, y luego los diarios que han llegado nos han hecho conocer el fracaso sufrido por el maestro Mascagni con su nueva ópera *Le Maschere*.

Todos, ó más bien casi todos los críticos italianos han considerado esta obra como una garrafal equivocación del maestro. Se trataba de una noble tentativa, de hacer variar de rumbos la ópera italiana, de salir de los eternos tenores enamorados, barítonos guerreros y bajos indignados, se trataba de llevar á la escena algo simpático por todos conceptos, de hacer revivir los personajes de comedia Italiana.


Escena final del 1.er Acto

En la nueva ópera de Mascagni entran en actividad todos los viejos conocidos de la pantomima.

El argumento, hecho de acuerdo con los personajes que en la obra juegan tiene anacronismos que constituían en la *commedia d'arte* una nota típica.

El público no ha comprendido eso, ha encontrado tanto de bizarro, de estraño en la nueva ópera que la ha rechazado simultáneamente en varios teatros de Italia.

Por eso puede decirse que *Le Maschere* ha sido un fracaso y puede considerarse al maestro Mascagni como víctima de una equivocación.

El público y la crítica, sin negar mérito al trabajo del ilustre maestro, han considerado que la obra no está de acuerdo con las tendencias modernas del teatro.

DEPOSITO DE VINOS

NACIONALES Y EXTRANJEROS

POR MAYOR Y MENOR

DE MARTÍ BERÇAITZ Y Cía.

SERVICIO ESPECIAL PARA FAMILIAS.—REPARTO Á DOMICILIO

LOS DOS TELÉFONOS

RÍO NEGRO, 218 Y 220A. MONTEVIDEO.

COMINI HERMANOS

PAPELERÍA Y LIBRERÍA

18 DE JULIO, 97 y 99

TELÉFONO: LA COOPERATIVA, 686

NUOVA ANTOLOGIA

Abbonamento anno $ 10

SI ACCETTANO PAGAMENTI

A $ 2.50 TRIMESTRALI

DEPÓSITO: MANUALI HOEPLI — FRATELLI BOCCA

REVISTAS

NUOVA ANTOLOGIA — ILLUSTRAZIONE ITALIANA



TINTA URUGUAYA



Inalterable á la luz y á la humedad

La sola que escribe negro. La única que sirve para marcar la ropa. Es la mejor para escribir. Preparada por el farmacéutico y químico:

FRANCISCO SCANAVINO

EN VENTA: AVENIDA G. RONDEAU, 265

Librerías y Ferreterías.

FARMACIA DE SANTIAGO BARABINO

CALLE 18 DE JULIO 328, Esq. CUAREIM

MONTEVIDEO

Completa y moderna instalación, contando en su laboratorio todos los aparatos indispensables para un esmerado despacho.

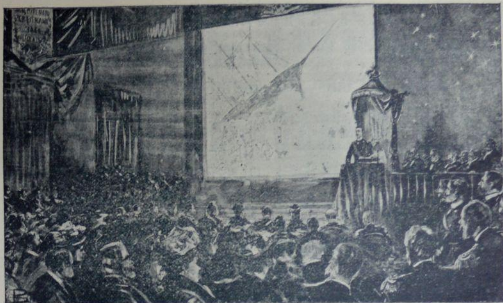
Medicamentos puros y recientes, provenientes de las casas más reputadas de Europa.

Gotas de menta para perfumar la boca — artículo muy recomendado.

DEPILATORIO AMERICANO

Preparación recomendada é infalible para la completa destrucción del pelo y vello mal colocado en la cara y brazos.—Su precio $ 0.50.

El Duque de los Abruzzos



La Conferencia

Hace algunos números publicamos una nota en que se veía á la Reina Margarita colocando un *ex-voto* en agradecimiento á la Santísima Virgen, por haber escuchado su ruego y traído al duque de los Abruzzos sano y salvo á Italia después de su viaje por las regiones polares.

Hoy el duque, de vuelta de ese viaje y en la sala del Colegio Romano, en Roma ha reunido á lo más distinguido de la corte italiana y á la primera sociedad de Roma, con el objeto de dar á conocer su viaje en todos sus detalles y de la manera más completa, sirviéndose para ello de las valiosas colecciones de vistas fotográficas que posee. Por medio de proyecciones luminosas ha logrado dar una cabal idea del aspecto de las ignotas regiones que ha recorrido, corroborando con su palabra la demostración fotográfica que presentaba.

El éxito de esa conferencia ha sido grandísimo, tanto que el duque de los Abruzzos ha consentido en dar una serie de ellas dedicada á las escuelas de Roma.

Rojo y Blanco
SEMANARIO ILUSTRADO
DORNALECHE Y REYES
EDITORES
ADMINISTRACIÓN:
CALLE 18 DE JULIO, 77 Y 79
SAMUEL BLIXÉN
DIRECTOR
Año II MONTEVIDEO, FEBRERO 24 DE 1901 Número 9

En la ciudad sin alma

No nos habíamos visto desde chicos. Sólo conservaba de él un recuerdo que se perdía á lo lejos, allá en las clases, cuando seguíamos juntos nuestros estudios.

Era un estudiante original.

Imposible era hacerle ajustarse á unos de esos métodos á que allí se sujeta la inteligencia y á que no es posible sustraerse; y su carácter siempre en lucha con la manera general de pensar lo hacía poco simpático. Sólo algunos que habíamos visto irradiar en el fondo de aquella alma extraña la luz de su inmenso talento, —aunque no le comprendíamos, — éramos amigos suyos y él ejercía sobre nosotros esa tiranía inconsciente de los espíritus superiores, de los que se es súbdito apesar nuestro.



Su nombre, —ya borrado de mi memoria desde entonces, —volvía ahora á resonar, pero rodeado de la aureola de la gloria, de un inmenso resplandor que le presentaba como á uno de los elegidos de la inteligencia y de la voluntad, que lo habían llevado á inmensa altura en el ambiente de la ciencia. Era médico.

Conversábamos: un poco del pasado, algo del presente y mucho, muchísimo de ese porvenir que le reservaba mayores triunfos.

Ya no era aquella inteligencia de niño, que nos sobrepujaba siempre en clase, —el genio se albergaba en su alma é irradiaba en su mirada, en una mirada que cuando explicaba uno de sus descubrimientos inverosímiles en el terreno de la ciencia, parecía unirse á la palabra, y no dejaba lugar á dudas.

Y me mostró su gabinete de estudio y de trabajo. Extraña sala, en la que, contra las paredes y expuestos en grandes cuadros, se veían los resultados de su genio y de sus estudios, —es decir, de sus estudios secretos, de los que nadie conocía y que como deferencia de amigo antiguo me dejaba apreciar en todos sus detalles.

Aquí se veía, íntegro, completo, un *Sistema nervioso* humano, vivo, palpitante, funcionando, marchando solo, desligado del cuerpo á que perteneció, como indicando que cada uno de los factores de la vida pudiera marchar por sí solo, y que *vivía*, exhibiendo á mis miradas de admiración, todas las sensaciones que agitan á un sér humano.

Más allá era el estómago. Lo mismo que el anterior funcionaba solo, —la vida no le era necesaria, pues él lograba darle el movimiento, —y allí frente á aquel aparato digestivo, que había sido arrancado á un cadáver y obligado á continuar sus funciones más allá de la vida, él explicaba sus teorías sobre la regeneración de los cuerpos enfermos. «Cuestión de cambiar el órgano afectado, puesto que el organismo no es más que una máquina, —nada más», decía.

Sí, no se necesitaba más remedios, cuando esta operación no era necesaria, que los que contenían todos aquellos frascos que él tenía allí á su alcance. Para el estómago, un polvo especial, cuyo secreto era estar hecho con otro estómago humano, disecado, pulverizado, y que se prestaba maravillosamente para la cura de estas afecciones. Para los nervios, una sustancia especial que

él había fabricado por el mismo procedimiento, y que administrada á voluntad producía los efectos más inverosímiles: la vista á los ciegos, el movimiento á los paralíticos, y,—el summum de lo imposible,—la inteligencia á los idiotas!

Sí, allí estaban al alcance de la mano todas aquellas maravillosas preparaciones. Esta primera desarrollaba las facultades de la inteligencia, y la de más allá anulaba ó aumentaba las pasiones, producía virtudes y provocaba vicios. Todo estaba allí perfectamente catalogado, todo arreglado para su uso inmediato, dispuesto para corregir todos los defectos de la humanidad, y con aquello podía modificarse á voluntad la razón, el sentimiento, las aptitudes ó las pasiones.

—¿Sabes,—me dijo—lo único que no he podido producir? Lo que me tortura, lo que me roba todos mis momentos, lo que absorbe largas horas de trabajo fatigante?... ¿Lo que casi desespero ya de poder alcanzar?... El amor! Y pensar que es por un miserable convencionalismo humano! ¿No se sacrifican animales; no se les inocula toda clase de gérmenes mortíferos? No se les mata? Y todo esto no es en beneficio de la ciencia? Si es esto necesario para el bien de la humanidad ¿por qué no se hace lo mismo con los hombres?... ¡Si me entregaran uno, un solo vivo para hacer el último, el decisivo, el único experimento que me falta para procurarme un corazón en el cual analizar el amor, reducirlo á una fórmula y hacerlo figurar aquí, al lado de todos estos extractos que entregarán, estoy seguro, á la humanidad en mis manos!...

Algún tiempo después, y grandemente impresionado aún por el cúmulo de cosas extrañas que presencié en aquella sesión extraordinaria, y cuyo secreto, pues me era imposible hablar á nadie del asunto, me torturaba todavía, leí en todos los diarios el fin que había tenido la poderosísima inteligencia de aquel creador incomparable.

Dominado por su idea fija, obsesionado por su único pensamiento, se había encontrado por casualidad frente á una pareja de enamorados, y perdiendo la noción de lo que hacía, se había precipitado sobre ellos y había tratado... de *arrancarles el corazón! Estaba loco!*

Ya no marchan como máquinas perfectas todos aquellos *sistemas humanos* de su gabinete de estudio. Falta el poder de aquella inteligencia extinguida para siempre y con ella han cesado sus famosos estudios, calificados de locuras. ¿Y por qué?—pensaba al retirarme del Manicomio, á donde como último homenaje de amistad, había ido á visitar á aquel cuerpo sin alma,—al fin y al cabo la locura no es más que lo que dijo Max Nordau: «una manera de pensar opuesta á la de la mayoría».

C. G. C.

El puente del prado

FUÉ el tal puente, en los pasados tiempos, un ser bien desgraciado. Mal construído como había sido, podridos como estaban sus descuajaringados tablones, endeble como era la base que lo sostenía... apenas, no pasaba año de abundantes lluvias, ó sea, de grandes crecientes, sin que la base dejara de serlo y sin que los tablones, arrebatados por la corriente, se perdieran en el mar despues de una corta aunque azarosa navegación fluvial.



Así pasaron las cosas durante algunos lustros, hasta que una creciente mas grande que las otras (cuadro N.° 1) redujera el puente al miserable estado en que lo exhibe el cuadro N.° 2! Lo que la desidia de las «Juntas» no había hecho en recientes años, lo hicieron las aguas en algunas horas y gracias á ellas fué menester construír un puente nuevo.

Se presentaron varios proyectos y fué aceptado el del señor Lamolle cuyo presupuesto primitivo era, si no recordamos mal, (si no recordamos mal los datos que nos suministraron anteayer en las oficinas de la Municipalidad) de doce á trece mil pesos. El puente fué mandado construir á

Europa... y vino. Vino, y despues de hacer un puente para el río, fué menester hacer un río para el puente, porque ó el puente era demasiado largo que ideó sus planos y construyó la obra. Es el puente más hermoso y también el más sólido que existe en esta república. . . . tan despro



ó el río demasiado angosto. Tambien sufrió algunas ligeras modificaciones el proyecto primitivo. Asi por ejemplo, las columnas que debieron ser

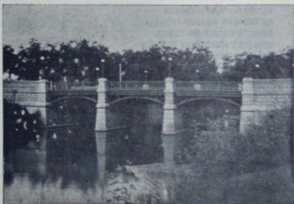


de ladrillo, se hicieron de granito, que tambien se trajo de Europa y á lo cual debe atribuirse, seguramente, que el costo de la obra excediera en 10.000 $ (suma redonda) al presupuesto primitivo. Ytem más: la fuerza de las cosas se encargó de modificar tambien el proyecto del señor Lamolle. Algunas islas artificiales que figuraban en él, no figuran hoy en el arroyo porque se las han llevado las aguas... Suerte esta que nunca debió temer para su patria adoptiva el buen gobernador Sancho, que bastante prudente fué para situar su ínsula en tierra firme!

Los fotograbados N.os 3 y 4 representan el puente tal cual hoy es. Y tal cual es hoy, es hermoso y hace honor al ingeniero

vista de puentes, (digámoslo entre paréntisis). Porque los puentes del F. Carril Central acostumbran á zambullirse en las aguas donde se bañan durante largas temporadas en la época de las lluvias.

El puente del Prado en cambio, ha resistido firme, tranquilo, impertérrito, las grandes inundaciones de este año y ¡digámoslo en su honor! ni una piedra se ha desprendido de sus columnas; de ellas no se ha desprendido un pedazo de reboque. Pero... hagamos punto pues la página no da para más. Ni el asunto, tampoco.



Profecías... de gitana!

Le dió más de una amargura
su superstición á Juana;
Vino un día una gitana
le echó la buena ventura
y está dada á los infiernos,
pues le dijo aquella arpía,
que su muerte causaría
algún animal con cuernos.
Desde entonces, sin reposo,
se ha dedicado á buscar,
la manera de evitar
un final tan desastroso.
Lleva, metida entre rejas,
su precaución al exceso
de no querer comer queso
ni de vacas ni de ovejas.
No habrá idea que discurras
que ella al punto no aproveche;
si algún día toma leche,
la leche ha de ser de burras
y confiesa sin desdoro
que á un criado ha despedido,
solo por haber nacido
en los confines de Toro,
y hasta en mudarse consiente





de casa, pues ver le altera
el asta de una bandera
que hay en la casa de enfrente.
Su marido, don Ramón,
ageno á supersticiones
quiere con buenas razones
hacerla entrar en razón,
mas su voluntad se estrella
ante obstinación tan ruda;
y es inútil que en su ayuda
venga un primo de la bella,
pues juntos los tres porfían
sin llegar nunca á un acuerdo.
He aquí, si mal no recuerdo
lo que una tarde decían:
(Don Ramón al primo):—Tú eres
quien la debe convencer,
porque tú de mi mujer
haces todo lo que quieres!
Juanita—No oigo razones;
moriré, por más que gruñas,
debajo de unas pezuñas
ó encima de unos pitones.
Don Ramón—¡Por Belcebú!...
Juanita—¡Y aún me provoca!
Él—Ya veo que estás loca.
Ella—El loco lo eres tú.
El primo—No hay que alterarse.
Don Ramón—¡Vaya un capricho!
Juanita—¡Lo dicho, dicho!
El primo—Vamos, calmarse...
Don Ramón (Con arrebato,
al primo.)—Créeme á mí;
lo que es como siga así
el mejor día la mato.
El primo—(Con ironía).
—Pues mira no encuentro justo
que vayas á darle el gusto
de cumplir la profecía.

Maximino Fernández.

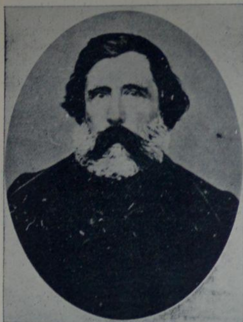


Nuestras efemérides

19 de Febrero de 1868

Muerte del general don Venancio Flores y de don Bernardo P. Berro

Fué el 19 de Febrero de 1868 uno de los grandes días trágicos de nuestra historia. En él fueron muertos el general don Venancio Flores y



General Venancio Flores

don Bernardo P. Berro, ambos ex Presidentes de la República y los representantes más caracterizados en tal momento de los dos grandes partidos tradicionales del país.

El general Flores, acababa de entregar el mando al Presidente del Senado para que el país entrara de lleno al régimen constitucional; había declarado que no aceptaría la Presidencia de la República, aunque se le eligiera; y acababa también de realizar un sacrificio semejante al de Lucio Junio Bruto, desterrando á uno de sus hijos que había querido obligarle á modificar su resolución respecto de la Presidencia y á crear un nuevo batallón para garantir el orden.

Montevideo estaba aún impresionado por aquellos sucesos y al mismo tiempo el cólera que había atacado á la población producía inmenso pánico, cuando se llegó á la fecha trágica. Se cree que la revolución debió estallar el 15 de Febrero en el momento de efectuarse la trasmisión del mando, y efectivamente ese día se vió á don Bernardo Berro y á otros personajes de su partido llegar en actitud sospechosa al Cabildo. No era tampoco un misterio para el general Flores



Bernardo P. Berro

que se conspiraba y que se atentaba contra su vida, pues aparte de la famosa mina descubierta á fines del 67, en ese mismo mes de Febrero de 1868, el presbítero don Santiago Estrázulas y Lamas comunicó al general Flores, que un moribundo le había revelado estar mezclado en un complot para asesinarlo.

De nada valieron esos augurios ni las prevenciones de los allegados al caudillo, á quien costaba creer que en tales momentos se atentara contra su vida y que lo hicieran las personas que se le denunciaban.

El 19, despues del medio día, fueron á avisarle al general Flores que la revolución había estallado, y tomando el coche que lo esperaba, acompañado del señor Antonio María Márquez, Ministro de Hacienda, del señor Flangini, encargado del Ministerio de Relaciones



El P. Supervielle confesando al General Flores moribundo

(Cuadro de Blanes existente en el Museo Nacional)

Exteriores y del señor Errecart, se dirigió por la calle Rincón hacia el centro. Allí lo esperaban para matarlo. Una carreta había sido atravesada en la bocacalle para impedir la marcha del carruaje. Un grupo de emponchados, cubiertas las caras, atacó al carruaje, mató los caballos y apuñaleó al general Flores dentro del carruaje, hasta que cayó sobre la vereda moribundo. En tal momento, un sacerdote de los Bayoneses, el P. Juan Supervielle, muy amigo de la familia de Flores, y que había salido de la iglesia de los Bascos un rato antes, sin rumbo fijo, vió de lejos el tumulto y al acercarse encontró á un hombre herido y moribundo en quien no tardó en reconocer con gran dolor al general Flores, pu-

Pasó el tiempo y en vez de aquéllos acudió al Fuerte, una compañía del batallón alojado en el Cuartel de Dragones, al mando del Capitán (hoy Coronel) Solano, llamado por don Pedro Varela, y entonces el señor Berro y sus acompañantes abandonaron el Fuerte dispersándose y dando por fracasado el movimiento.

Al llegar el señor Berro á la calle Cámaras al Sud, fué reconocido y aprehendido, más bien por previsión que por conocimiento de su responsabilidad en los sucesos que todavía estaban confusos. Llevado al Cabildo y alojado con otras personas en el patio, el señor Berro fué muerto allí con el escribano Barbot que le había acompañado en el movimiento revolucionario fracasado.



Últimos honores rendidos al General Flores en la Matriz

(FOTOGRAFÍA DE LA ÉPOCA)

diendo prestarle los últimos auxilios de la religión. Esta escena ha sido reproducida por nuestro gran pintor don Juan Manuel Blanes y figura en el Museo Nacional, al lado de otros cuadros relacionados con el general Flores.

Entretanto, un grupo de revolucionarios, animosos, entre los que se contaba el doctor don Martín Aguirre, entonces muy joven, y encabezado personalmente por el jefe de la revolución don Bernardo Berro, habían atacado la débil guardia del Fuerte, matando al centinela y á dos ó tres soldados y después de descargar sus armas sobre el Presidente del Senado en ejercicio del Ejecutivo, don Pedro Varela, que salía alarmado, y que no siendo herido huyó por el fondo del Fuerte, se apoderaron de éste á espera de los demás revolucionarios que debían cumplir distintos detalles del plan.

Don Bernardo P. Berro, por su talento, su carácter y su actuación distinguida, merecerá recordarse siempre entre las personalidades eminentes del país; y en cuanto al general Flores, el soldado de Rincón, Sarandí y Misiones, el jefe experto y prestigioso y el gobernante moderado del 65 al 68, ocupa por su parte uno de los grandes puestos en nuestra historia. El día de su muerte fué declarado de duelo nacional y todos los años sus correligionarios y los que aprecian su memoria, les rinden homenaje en la Metropolitana donde reposan sus restos en la capilla de Dolores.

No fueron éstas las únicas ni las últimas víctimas de aquella trágica jornada. Inocentes ó culpables, otras muchas cayeron en Montevideo y aún en campaña. Toda sangre estérilmente vertida!...

Los niños

Pensamientos sueltos





Entre rosales en flor colocad una cuna, colocad en la cuna un niño que sonría y tienda los bracesitos roseos á la madrecita querida, amor de vuestros amores, y habréis realizado el cuadro más hermoso con que puede soñar un poeta y la felicidad más grande que puede anhelar un corazón humano.





Quien no ama á las flores no tiene poesía, y quien no ama á los niños no tiene corazón.

Byrón deseaba morir entre montoncitos de lirios y bajo una lluvia de rosas: entre niños que juegan, cantan, ríen y estudian quisiera vivir yo y adormecerme para siempre rodeado de sus risueñas caritas y oyendo la música divina de esas voces armoniosas y puras que desde el hogar, desde las escuelas levantan hacia el cielo los himnos del saber, del trabajo y de la fraternidad.

El niño es una aurora que asoma entre dos besos, es la inefable encarnación de una caricia, es un poema de amor escrito por dos corazones animados por un solo deseo, es la victoria de la vida sobre la muerte obtenida por la unión de dos almas.

El porvenir explicará el presente como el niño explicará el trabajo, las lágrimas y los afanes de los padres.





¡Cuántas veces oprimido por los dolores del cuerpo, abatido por las torturas del alma, he cerrado los ojos y en los desvaríos de mi mente soñadora me pareció oir los pasitos de una hijita querida, que se acercaba á mi cama, me agarraba las manos, me besaba en la boca, me acariciaba la frente y mis dolores desaparecían, la sonrisa se pintaba en mis labios y el valor renacía en mi corazón!

¡De ahí que al despertarme, siempre he buscado en vano las manecitas roseas y la cabecita con rizos de oro!...

¡Sí, siempre en vano!...

¿Qué haré? Me vengaré del destino haciendo todo lo posible con mi poco saber, con mi buena voluntad, con mi cariño sin límites, para que la muerte nunca arrebate las caritas de ángel, las cabecitas con rizos de oro ó rulos de ébano á los padres Palmirenses!

Doctor Carlos Cúneo.

Palmira, Enero 28.

Acuarela



Para el poeta amigo José E. Compiani.

La mar está tranquila. Sólo ráfagas tenues rizan la serena superficie de las aguas.

Un disco inmenso de oro y de escarlata, señorea con majestad de soberano, las breñas que sirven de contrafuerte á la montaña; rayos tibios, como besos virginales, se quiebran en el trémulo cristal de la bahía.

A lo lejos, cerrando el puerto, copia el dorso encallecido de un cetáceo el peñón granítico á cuyos pies muere la ola enfurecida; la gaviota hambrienta deja las rendijas donde pasó la noche y chillando, tiende el vuelo hacia la cuna del sol.



Abrieron ya sus puertas las casitas del pueblo: salen los pescadores con los filetes y los remos, cantando el salmo de la vida, la oración del trabajo.

Las canoas resbalan por la menuda arena de la playa, y flotan en las dormidas ondas.

¡Se van!

Ya las muchachas, frescas como las rosas, se juntaron en el tosco brocal de la cisterna; y vienen, las tinajas en las negras cabezas, refiriéndose las risueñas visiones de la noche.

El viejo Luis, con su luenga barba, salpicada de hilos blancos, llega silencioso á la piragua, suelta sus trapos, leva el ancla y pone proa al canal de sotavento.

Está de pie, timón en mano, mirando furtivamente el cementerio, que corona con su perenne tristeza, la más elevada colina de la aldea.

¡Allá va la piragua, escorada á babor, dejando fugitiva estela en la marea que baja!

¡Y allá va el viejo Luis, de pie sobre la paneta, mirando furtivamente el cementerio que guarda para siempre á la compañera de su vida y á los hijos de su amor!

M. V. Romero García.

Buenos Aires, 1901.

La deportación á la Habana



La barca Puig, saliendo de Montevideo

ACUARELA DE DON MÁXIMO ÁLVAREZ, PROPIEDAD DEL DOCTOR RAMÍREZ

(ROJO Y BLANCO *ofrece á sus lectores estos apuntes, tomados de la cartera de un ciudadano que por su actuación está en aptitud de conocer bien los detalles del acontecimiento que recuerdan estas páginas.*)

Conviene rememorar en las fechas respectivas las grandes aberraciones del pasado, los errores y los atentados irremisiblemente juzgados, y que por lo mismo no sublevan las pasiones de las generaciones del presente y sólo sirven de saludable enseñanza, poniendo en evidencia, por otra parte, lo que ha adelantado la *razón pública* desde entonces, y lo inconcebible de que hechos de esa naturaleza se produjeran. —Nos referimos al suceso que ha pasado á la historia con el nombre de «Deportación á la Habana» y al cual consagramos en este número algunos de nuestros grabados. —Acompañémosles con algunas reminiscencias relativas.

El 15 de Enero había caído el Gobierno constitucional del doctor Ellauri, al cual no pudo, en la época ni aun ahora mismo, imputarse ni una agresión á los derechos individuales ni una exacción al Estado, cualesquiera que fuesen las opiniones que se profesasen respecto á su mayor ó menor tacto para abordar las cuestiones políticas, y á su mayor ó menor habilidad para manejar las finanzas. —Se le acusaba, y á ese título se le derribó, de que no acentuaba bastante el partidismo en el Gobierno, pagando tributo á las exigencias de la opinión pública, que entonces, como ahora, exigía política nacional y coparticipación de todos los partidos en el Gobierno, no obstante que el doctor Ellauri, por tradiciones de familia y por convicciones propias era entonces y se conservó siempre siendo un *ultra* partidario. —Se sabe de memoria, porque el suceso fué demasiado estrepitoso, y sus consecuencias se han hecho sentir durante un cuarto de siglo, que un buen día, ó más bien dicho, una noche de triste recuerdo, los jefes de batallón, acaudillados por el Coronel don Lorenzo Latorre, llevaron sus cuerpos á la plaza pública, hicieron en ella campamento, é intimaron al Presidente de la República que renunciara su investidura constitucional, —y en presencia de su negativa resolvieron deponerlo, nombrando su sucesor á don Pedro Varela, por un decreto que se redactó á la luz de los fogones del vivac. —Aunque el hecho cayó de sorpresa sobre el país, aterrado ante la enormidad de aquel atentado, resistencias de grandes proyecciones se insinuaron, pero el Presidente depuesto, respondiendo á móviles que él ha explicado después á sus amigos, pero que jamás hizo públicos, desautorizó y contrarió esas resistencias, y se resignó á expatriarse y á lamentar inactivo las desgracias de su patria. —Apenas si quedaron después de consumado el atentado, las resistencias de la prensa, que en todas las situaciones ha mantenido con unos ó con otros, el fuego sagrado del sentimiento nacional y de las virtudes cívicas y esas *resistencias* aisladas é impotentes para traducirse en resultados prácticos, fueron las que dieron causa, sin duda, á la «Deportación á la Habana», que se realizó de la siguiente manera:



Los deportados á la Habana

El 24 de Febrero todo el personal de la Policía andaba en persecución de un número considerable de ciudadanos inscritos en *las listas de proscripción*. —Á las seis de la tarde se había conseguido apresar á los siguientes: don Juan Ramón Gómez, don Julio Herrera y Obes, don José Pedro y don Octavio Ramírez, don Juan José de Herrera, don Fortunato, don Eduardo, don Segundo y don Ricardo Flores, don Cándido Robido, don Agustín de Vedia, don Carlos Gurméndez, don Aureliano Rodríguez Larreta, don Osvaldo Rodríguez y don Anselmo Dupont. —Muchos de los *inscritos* se habían ocultado ó asilado en las Legaciones, y como la medida no tenía *en vista personas determinadas*, sino formar un *lote*, á los efectos de la *intimidación* y de la *prevención*, según las vistas y los cálculos de los proscriptores, se mandó suspender la *arreada*. Los arrestados fueron colocados en la capilla del Cabildo, é incomunicados. —El día 25 se les significó que el Gobierno había resuelto deportarlos á la Habana y que debían estar dispuestos para embarcarse en cualquier momento. A instancias de los detenidos se les permitió que otorgasen un poder antes de ausentarse, haciendo comparecer en el día á un escribano para autorizarlo, lo que hicieron la mayor parte de los futuros deportados. A las 2 a. m. del día 26, un Comisario de Policía penetró en la capilla, despertó al doctor Ramírez y le significó que debían ser embarcados dentro de una hora, y que comunicara la orden á sus compañeros. En efecto, no una hora, pero sí dos horas después, á las 4 a. m., un Comisario, acompañado

de varios guardias civiles, hacía formar á los detenidos y desfilar de á cuatro para hacerlos subir sucesivamente á varios carruajes, que les esperaban á la puerta del Cabildo. En el vestíbulo asistían al desfile de los deportados gran número de las personalidades de la situación, descollando entre ellos el Ministro de la Guerra, Coronel don Lorenzo Latorre y el Ministro de Gobierno don Isaac de Tezanos. Uno de los batallones de la guarnición formaba frente al Cabildo y los demás estaban escalonados en el trayecto que debían recorrer los carruajes desde el Cabildo al muelle de la Aduana. Después de colocados los deportados en los carruajes respectivos, se hizo rodear á cada uno de éstos por cuatro soldados y un cabo, y así dispuestas las cosas, el Ministro de la Guerra en persona dió la orden de marchar á paso *lento*. Era una noche serena y apacible; la playa, como las calles que debía recorrer la columna, estaban desiertas, ó por efecto del terror ó porque no se tenía noticia de la escena que se desarrollaba en aquellos momentos. Los deportados pudieron descubrir, sin embargo, dos bultos al frente mismo del Cabildo, que se aproximaron á pesar de la resistencia de los guardias, hasta dejar percibir sus siluetas de *mujeres enlutadas*, y entonces, en medio de aquel silencio imponente, pudieron escucharse los *adioses* más sentidos á los deportados y las imprecaciones más fulminantes á los deportadores, salidos de los labios de una joven bella y animosa, á quien se arrebataba en aquel momento para no verlos tal vez jamás, nada menos que á cuatro hermanos. Justo es confesar que aquellas nobles mujeres fueron respetadas; no se les azotó.

La marcha se hizo en la forma dispuesta por el Ministro de la Guerra. Llegados los carruajes á la Aduana, se hizo descender de ellos á los deportados y con la misma escolta se les llevó hasta el muelle, donde esperaba un vaporcito. Al pie de la escalera estaban todavía los Ministros de Gobierno y de la Guerra. En el vaporcito esperaba á los deportados, una custodia de treinta ó más hombres, comandada por el entonces Sargento Mayor don Máximo Santos, ascendido á ese empleo el 15 de Enero. El trayecto hasta el vapor se realizó sin novedad. Llegados al buque destinado para realizar la expedición á la Habana, se les enderezó á la bodega, y comenzó el descenso de uno á uno, que presidían todavía los Ministros de la Guerra y de Gobierno, plantados gallarda y jactanciosamente frente al agujero que daba acceso á la bodega, apenas desalojada de un cargamento de carne tasajo.

Renunciamos á describir el buque que había elegido el Gobierno para el transporte de los deportados, porque esta relación se haría interminable. Basta recordar que ese viaje fué el último ó el penúltimo que realizó la vieja barca armada en guerra al solo objeto de llevar á efecto aquella increíble aberración.

La barca salió en ese mismo día con dirección á Maldonado, remolcada por el vapor de guerra «15 de Enero» y allí se estacionó hasta el 28. El 27 los deportados fueron transportados á la isla de Gorriti para hacer ciertos arreglos en el buque y principalmente para hacer una doble fila de tarimas en la bodega.



El 28 volvió la barca á ser remolcada por el «15 de Enero» y pocas horas después era abandonada á su suerte en medio de los víctores de la tripulación al Gobierno y á los prohombres del motín.

A los tres meses y diez días, la barca «Puig» entraba al puerto de la Habana, y pocos momentos después era rodeada por diversas pequeñas embarcaciones, llenas de curiosos ávidos de examinar aquella singular nave de guerra, y de inquirir lo que aquella expedición significaba. Al mismo tiempo las autoridades marítimas de la isla, convulsionada entonces por los patriotas cubanos, visitaba el buque, y los informes que llevara á la Gobernación debieron ser muy estrafalarios, porque se negó permiso para desembarcar á los deportados y se dió orden al jefe del buque de abandonar el puerto dentro de 24 horas. A mérito de una representación dirigida al gobernador de la isla, en que los deportados solicitaban la gracia de ser confinados en la Fortaleza del Morro hasta que el Gobierno de Madrid pudiera ser consultado, antes que ser lanzados nuevamente al océano en las condiciones desastrosas en que ya se encon-

traban, se concedió permiso para que fuesen transbordados á un paquete americano, que partía ese mismo día para un puerto de la Gran República. El transbordo se efectuó; pero una vez á bordo los deportados, fueron rechazados y obligados á volver á la bodega inmunda de la vieja barca. — El respetable ciudadano don Juan Ramón Gómez, que había sufrido como ningún otro de sus compañeros los rigores y las penurias de aquel viaje memorable, por efecto de lo delicado de su salud, fué sacado de una carbonera, en la cual se había ocultado para escapar á la cruel orden de volver á la fatídica barca.

Los deportados fueron reinstalados en la vieja barca, y momentos después se intimaba á su jefe que levase anclas, y la tomaba á remolque la hermosa fragata



El regreso á la patria

«Isabel la Católica». Al pasar así remolcada por la boca del puerto, algunos miles de personas apostadas frente á la Fortaleza del Morro, gritaban desaforadamente, entre estruendosos silbidos: «Fuera los filibusteros».

A cierta distancia del puerto, la «Isabel la Católica» abandonó el remolque y la barca «Puig» recomenzaba su peregrinación por el océano. Quince días después llegaba á Charleston, y allí pudieron desembarcar libremente los deportados. La barca fué despojada de su insignia de buque de guerra y el piquete de fuerza de línea desarmado, despojados los soldados de sus uniformes y abandonados en tierra extraña sin recursos de ningún género. Mientras los deportados permanecieron en Charleston, auxiliaron de su bolsillo particular á esos desgraciados y después muchos de ellos imploraron la caridad pública hasta que encontraron los medios de subvenir por el trabajo á sus necesidades.

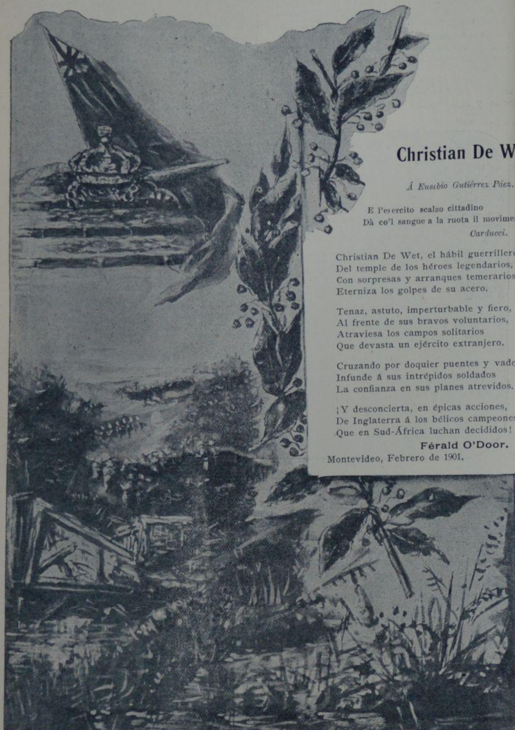
Excusado es decir que durante ese largo viaje de cuatro meses, los deportados sufrieron privaciones y amarguras de todo género. A los quince días de empezado el viaje, el agua se había corrompido, y poco después escasearon los víveres y abundaron incidentes de diverso carácter, mortificantes ó vejatorios, propios de situaciones tan difíciles y violentas.

Recién á los seis meses regresaron los deportados á Buenos Aires, para incorporarse los más al movimiento revolucionario que se había producido en el país, oprimido y vejado por la Dictadura en cierne del Coronel Latorre, que pocos meses después tuvo por conveniente mandar á su casa á don Pedro Varela, el Presidente ungido por él mismo meses antes, — sucumbiendo en la jornada uno de ellos, el noble y pundonoroso Carlos Gurméndez.

Latorre gobernó sin embargo algunos años, y no faltaron adhesiones y laudatorias á su gobierno, que al decir de algunos, hacía *habitable* la campaña; *garantía* las vacas y las *ovejas más* eficazmente que los gobiernos dados á respetar las instituciones y las leyes, la vida y la libertad personal de los ciudadanos y de los habitantes de la República.

Dígase lo que se quiera de los tiempos presentes, ¡se nos figura que algo ha progresado el país moralmente en estos últimos veinticinco años, pues se nos antoja que esas subversiones increíbles no pueden realizarse ya!





Christian De Wet

Á Eusebio Gutiérrez Páez.

E l'esercito scalzo cittadino
Dà co'l sangue a la ruota il movimento.
Carducci.

Christian De Wet, el hábil guerrillero
Del temple de los héroes legendarios,
Con sorpresas y arranques temerarios
Eterniza los golpes de su acero.

Tenaz, astuto, imperturbable y fiero,
Al frente de sus bravos voluntarios,
Atraviesa los campos solitarios
Que devasta un ejército extranjero.

Cruzando por doquier puentes y vados,
Infunde á sus intrépidos soldados
La confianza en sus planes atrevidos.

¡Y desconcierta, en épicas acciones,
De Inglaterra á los bélicos campeones
Que en Sud-África luchan decididos!

Férald O'Door.

Montevideo, Febrero de 1901.

Manchas á la aguada

MADRUGADA

La torre de la Matríz lanza al cielo lleno de misterio cinco largas campanadas anunciando el amanecer.

La vibración estalla en lo alto como una solemne voz de alerta, y se alarga, se alarga estirándose en el espacio inerte, vagando así mucho rato sobre la ciudad dormida en el secreto de las últimas sombras, hasta desvanecerse en las lejanías aceradas del horizonte.



Allá enfrente la plaza Independencia se esparce ancha, plana y abierta como mano leal, más grande que nunca así desierta y oscura, la amplia vereda central bordeada por los bancos de hierro que á lo lejos parecen muy pequeñitos, al pie de los focos eléctricos de luz enrojecida como ojos de desvelado soñoliento que esparcen con desgano su último destello melancólico, mientras arriba, sobre un abismo de azul profundo esplende tranquilo Venus, último trasnochador del infinito, magnífico solitario del crepúsculo abandonado allí como diamante que la noche olvidara al recoger presurosa sus joyas de plata.

Más allá de los pórticos, misteriosos entre la sombra que esfuma las columnas borrándolas celosa en las rinconadas, la calle 18 de Julio extiende lejos la masa gris de sus casas altas al pie de las cuales dormita el ramaje, toda ella desierta, arrasada, limpio como lápida el adoquinado que blanquea ya enfriado por el airecito penetrante y leve de la madrugada que endurece los rostros empalidecidos y plegados por el gesto amargo que denuncia la noche pasada en vela.



Y más lejos aún, sobre la claridad incipiente y vaga del horizonte, comienza á vislumbrarse muy borrada la estatua de la plaza Cagancha, semejando en su columna blanca á un viejo centinela de la desierta calle.

Entre tanto del fondo del Oriente viene una onda de matiz violáceo, levemente sonrosado en lo alto, como rubor del cielo, que difunde alegre su reflejo sobre la tierra, sonrosando las cúpulas y las casas altas primero, toda la plaza después, cubierta un instante de extraños tonos violetas en un desborde de luz de iglesia, mientras el fulgor rojizo de los faroles se apaga rápido como un pestañeo y en occidente palidece Venus sobre el duro y triste matiz acerado de la bóveda que ensucian como borrones grandes nubes negras inmóviles en el vacío.

Después todo recibe una caricia de claridad expansiva y se siente el traqueo lento del último carro que va al mercado, y que pasa pletórico de legumbres, perdiéndose en la penumbra al paso de su caballo resignado y perezoso.

Hacia el Oriente los grandes lóbulos de las nubes, nacarados por el primer albor, descansan siempre inmóviles en la atmósfera serena, dormidos en el silencio de la última hora oscura, hasta que finalmente allá abajo se entreabre el cielo con una amplia sonrisa de luz suave y cándida como bendición de santa.



Nace glorioso el día entre los rumores del despertar, y ya en la habitación que guarda todavía sombras y silencio de la noche, allá donde se desnuda el trasnochador viendo filtrarse por las rendijas del postigo la luz pálida del alba, se escucha lejano el gritito jubiloso de las golondrinas que saludan traviesas á la aurora.

MISA

¡El último toque! Vuelan en el espacio azul, llevadas por vibraciones que semejan aleteos, las robustas notas de la campana que canta su rítmica canción de bronce.

Los ecos arrancan al golpe del mazo con ímpetu de evocación, tienden sus sonoras alas y van á esparcirse en el ambiente dorado de un medio día de Noviembre hasta perderse lejanos como recuerdos que van borrándose.

Entran una, otra y otra devota, quebrando las gentiles sombras en los peldaños de la escalinata, bañada por la esplendente caricia del sol alegre que dora la fachada de la alta iglesia, mientras de arriba siguen desprendiéndose los ecos sonoros que llevan á las lejanías azules la robusta canción de la campana.

El templo está fresco por dentro, lleno de sombra fría de bóveda subterránea; en el altar, allá lejos, tiemblan tímidas las llamitas de los cirios y



en la nave susurra discreto rumor de seda oprimida. La campana ha callado en lo alto y el silencio flota tranquilo sobre la muchedumbre devota.

Murmullo de oraciones y crujido de escaños; el homenaje de rodillas y los golpes de contrición responden á la voz argentina de la campanilla que anuncia el *Sanctus*; después asciende la hostia santa en el altar y fulgura un instante en alto el oro del cáliz consagrado; se refugia en la cúpula la plegaria imperceptible, vagabunda como el incienso en el ambiente calmo, y la bendición parte majestuosa de la mano sacerdotal abatiéndose solemne sobre las cabezas rendidas.

¡Ite; misa est! La misa ha concluido.

Un desgrane de colores se esparce en la escalinata como cascada de pétalos al derramarse en plena luz el montón de devotas que salen bañándose en oro, bajo el sol que dibuja en la tierra siluetas gentiles.

Figuras y colores van así alejándose; se pierden poco á poco en la distancia de la sombreada calle los matices de las sedas, y queda por fin el atrio silencioso al pie de la alta iglesia golpeada por el sol centellante de la tarde, la alta iglesia muda é impasible como el destino.

Arturo Giménez Pastor.



Desdeñosa

Tu cabello en la espalda desbordado
formaba hebras. Tu mirada inquieta
acrecía las ansias del poeta
á inefables delirios entregado.

Pasaste así, oh imagen del pecado,
y bella, altiva, mágica, coqueta,
me sonreíste, en tu desdén discreta,
al dejarme de espinas coronado.

Fué entonces que en tus labios frescos, rojos,
brotó la hiel, que fué á llenar de abrojos
mi triste corazón adolorido.

Fué entonces que cruzó sobre mi frente,
la risa desdeñosa del doliente
mezclada á las nostalgias del gemido!

Mefistófeles.

Verdi muerto

Mientras se prepara aquí el concierto en honor del gran maestro y de todas partes del mundo llegan los ecos del sentimiento producido por su muerte, la fotografía se encarga de ofrecernos nuevas impresiones que vienen como destinadas á perpetuar—después del acontecimiento que llora el mundo del arte—la memoria de aquel genio ilustre. Por el último correo de Italia se ha recibido, en efecto, la fotografía que representa al maestro Verdi, vestido ya sobre su lecho de muerte, y que reproducimos como nota de actualidad digna de ocupar las páginas de una revista artística que como tal tributa, por convicción y por deber, respeto cariñoso á la memoria del que tantas veces ha sabido conmover al mundo con su privilegiado talento y su suprema inspiración. Quedan así, respecto del maestro Verdi, los lectores de Rojo y Blanco que han sido los admiradores de su genio, al día en cuanto á los más exijentes deseos de la información gráfica.



Notas militares

Estamos en presencia de tres interesantes notas militares. Se refiere la primera á nuestro compatriota el joven Ricardo Sienra, cuyo retrato reproducimos, que ha terminado sus estudios en la escuela militar de Saint Cyr, adquiriendo poco después el nombramiento de subteniente en el ejército francés, donde presta sus servicios. Fué entonces el joven Sienra objeto de una manifestación cariñosa de parte de estudiantes de otros países de América, que se regocijaban por el puesto obtenido por el compañero de estudios y de esfuerzos por el perfeccionamiento intelectual — y de ese hecho nos dieron noticia la prensa argentina y la nuestra, por correspondencias llegadas de París. El joven Sienra ha recibido diversas muestras de aprecio y consideración de sus superiores. En varias maniobras ha mandado la compañía á que pertenece, habiendo sido felicitado por su desempeño en las distintas evoluciones. Para las grandes maniobras de Chalons fué últimamente nombrado ayudante de su jefe. Tomaron parte en ellas 72.000 hombres y duraron algunos días; el comportamiento de nuestro compatriota fué distinguido y le valió un especial obsequio de parte de su jefe. Uno de los orientales viajeros de los últimos tiempos, nos ha facilitado la fotografía que sirve á nuestro fotograbado, tomada en Mezières, frontera alemana, donde presta servicio en el ejército allí destacado con carácter permanente.

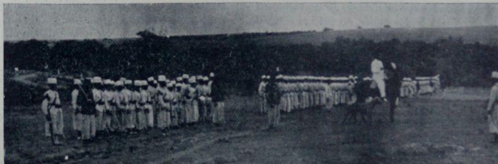


Ricardo Sienra



Coronel Andrés Pacheco

Las otras dos notas se relacionan con el regimiento 4.° de caballería de línea á órdenes del coronel Andrés Pacheco, destacado actualmente en la costa de Maciel, departamento de Soriano. Ha sido portador de las fotografías un amigo que acaba de viajar por aquellos parajes y que ha tenido oportunidad de ver la consagración que á sus delicadas tareas presta el jefe, y el aprovechamiento beneficioso de los que son sus subalternos en el 4.° regimiento. Los ejercicios á pie, en cuya tarea los presenta la fotografía, son de práctica, pues es sabido que por la índole de los servicios que presta en nuestro país la caballería de línea, se hacen necesarios é imprescindibles. Es de lamentar, claro está, que el regimiento no luzca la



Ejercicios á pie del 4.° de caballería

gallardía de sus soldados sobre los famosos caballos del departamento de Soriano, pero á todo han de allanarse los que por casualidad logran sorprender escenas interesantes de la vida militar. El coronel Pacheco, que hace vida de campamento á la vez que vida de estudio, consagra su atención constante al mejoramiento de las condiciones militares de la tropa de su mando. Y ésta realiza verdaderos progresos y puede considerarse hoy como un conjunto de veteranos que sabrían, en caso necesario, llegar á tiempo, á cualquier punto, en buenos fletes — como quedó demostrado al invadir el país, por el Carmelo, el coronel Tezanos, hace dos años apenas. Lamentamos no poder reproducir hoy algunas otras de las escenas de campamento que el aficionado amigo nos ha proporcionado, pero ellas irán apareciendo en estas mismas páginas, en adelante.

La rendición de Montevideo en 1865



Entrada del general Flores á Montevideo

CUADRO DE VALENZANI EN EL MUSEO NACIONAL

Cuatro veces se ha rendido Montevideo: en 1807 al ejército inglés, en 1815 al ejército patriota, en 1817 al ejército portugués y en 1865 al de la Cruzada encabezada por el general don Venancio Flores. Después de la toma de Paysandú, el ejército revolucionario siguió la marcha hacia Montevideo, á la vez que la escuadra y el ejército brasileros aliados á aquél.

El 2 de Febrero quedó establecido el sitio de Montevideo por tierra y el bloqueo por mar. La situación de la plaza era malísima, por el desaliento que reinaba en los hombres del gobierno y por ciertas tentativas anárquicas que se produjeron entre los jefes militares. El general Flores no quiso estrechar el sitio, ni bombardear la ciudad, esperando que al elegirse el nuevo Presidente del Senado con ejercicio de la Presidencia de la República, sería posible entenderse y evitar mayores males.

El 14 de Febrero fué electo Presidente del Senado don Tomás Villalba, que era el más caracterizado representante de los partidarios de la paz. Y así lo probó, iniciando inmediatamente de asumido el poder, negociaciones que dieron el más completo resultado, quedando el día 19 suscrito el convenio de pacificación por el Ministro del Brasil Paranhos, el general Flores y el doctor Manuel Herrera y Obes, ratificándolo el señor Villalba el día 21.

El día 22 el general Flores, como jefe del Gobierno Provisorio, entró en Montevideo acompañado de los jefes superiores del ejército y de los cuerpos orientales. Fué una entrada triunfal; pero no se hizo alarde alguno, evitándose todo lo que pudiera humillar ó herir á los adversarios que habían luchado dos años con varia fortuna por conservar el poder.

Á los que quieran tener más completo conocimiento de este suceso les recomendamos las páginas que el señor don Juan Lindolfo Cuestas le dedica en el tomo III de *Páginas sueltas* que sale á luz en estos días.

Escenas carnavalescas. — El regreso

¡Ah! el grupo aquel de guitarreros y bebas que hemos visto salir del conventillo tan alegre, tan feliz, siguiendo el compás de una marcha compadrona:

E ñaquis, ñiquis, ñoques, etc.

Si Vds. supieran como regresó al punto de partida!...

Ellas, las pobrecitas, daban una lástima bárbara; pálidas, desencajadas, con los pies magullados, las ropas en girones, enronquecida la voz... no parecían ellas ni su sombra; — ellos, sin caretas, rotas las ropas, desencordadas las guitarras, despeinados completamente, agobiados por las caminatas; y el vegigante, el héroe de la jornada, que había recogido un laurel en cada cuadra, estaba allí hecho un guiñapo, aplastado, desencuadernado, reventada la gloriosa vejiga que hizo sonar vencedora en cabezas de muchachos y espaldas de cajetillas atrevidos, perdido el libro, resfriado, á consecuencia de la falta de una alpargata, quedada allá, entre un borbollón de gente donde se metió valientemente para lucir sus habilidades...

Parecían los restos dispersos de un ejército vapuleado duramente por enemigo implacable!

Ustedes dirán que son mentiras mías, pero una loba morrocotuda. Nosotras se pusimos por en medio y por suerte no pasó de palabras. Yo me dije para mí, cuando vide á Agusto rascarse: aquí si-arma un juri!...

Más adelante a'lado mismo di-un café grande, estaban amontonados una chorrera de jóvenes de familias ricas — que son más amigos de meterse con una... — y en cuanto nos vieron empricipiaron á chuliarnos, á decirnos cosas y tiroñarnos de los vestidos. Usté vé, esos vestidos eran una telita, y si tiroñaban un poquito no más... No contentos con-eso, nos echaban papelitos por la cabeza, por el pescuezo... Yo estaba casi ciega y media atorada. A uno, un atrevido que me quiso sacar la careta, le atraqué un pantallazo por la cara y l'hice un rajuñón en la nariz; pero otro vino por adetrás, y ¡zás! me acomodó un pellizcón, salva sea la parte, un pelliscón finito, finito, que m'hizo estar rascando un rato largo.

Las compañeras no salieron mejor paradas; ahogadas por los papelitos, acosadas por las manos atrevidas de los jóvenes, que parecían buscar las carnes con avaricia, tuvieron que abandonar el campo en completa derrota.

Fué en este entrevero que el vejigante perdió la vejiga, reventada con estruendo al dar un golpe, y salió con la galera apabullada.



ellos y ellas — éllas especialmente — aseguran que han pasado horas felices, muy felices.

— Si nos hemos divertido? — decía Manuelita, aquella á quien un pillete le despretinó la pollera de un tirón; — lo que usté no puede hacerse una idea... S'hemos divertido á rajacincha; yo, por la parte mía, no tengo pieses que no me duelan, y en las piernas tengo una cosa asin como un hormigueo, de tan doloridas de las caminatas. Tamién... Caminemos, caminemos como unas locas, todo el día, vuelta para aquí, vuelta para allá, sin dejar un rincón, y de ñapa de noche se fuimos á un baile que daba una Sociedá... Total qu'estamos como Dios puso á los duendes.

Después de mil peripecias, de recibir empellones, golpes, pisotones, alguno que otro tirón de las ropas, llegaron á la calle 18 de Julio, siempre al compás de la marcha.

— Allí si-armó una zarabanda macanuda, joven; s'encontramos dos comparsas, s'entreveramos unos con-otros, y un atrevido difrazau de lubolo me pegó un manotón que me dejó ardiendo... Los muchachos s'enojaron y casi si-arma

— Lo que más siento, mire, es la de tres pisos qu'estaba nuevita y me l'an dejau como tachuela é catre. Y no tengo más remedio que rebuscarme otra pal domingo que salimos otra vuelta á chichonear un poco.

— En resumen, se han divertido ustedes?

— Y antoño!... farriamos de lo lindo, y eso qu'este año el carnaval ha estau muy chumbiau, de una vez! Con-esta cris todo está relajau, y la gente anda sin chafalonía y en ancas el gobierno puso unos adornos de morondanga que ni gusto daba mirarlos.

Saldrán otra vez, hoy, y volverán á las andadas. Ellos se divierten así recibiendo golpes, dando tremendas caminatas, gritando hasta quedarse roncos, reventándose á fuerza de piruetas. Son felices por tres ó cuatro días disfrazados de condes, de doctores, éllos; de bebas, de niñas mimadas, éllas; codeándose con todo el mundo, mezclándose en lo más recio del bullicio, soltando palabrotas á la «gente de categoría», escupiéndole en la cara su rencor reconcentrado y feroz!...

Agapito Quincoces.

Apolinario G. Velez

En los comienzos de la semana se recibió aquí la noticia del fallecimiento del ciudadano Apolinario G. Velez, oriundo de Paysandú en cuya ciudad residía. Se trata de la desaparición de uno de los nacionalistas de primera fila, diseminados en el interior de la República, y que á pesar de ser aún joven, pues sólo tenía 39 años, había prestado á su causa eficaces servicios. En 1886 formó Velez en la revolución del Quebracho, en el batallón que mandaba el coronel Pablo Ordoñez. Era el abanderado y su bandera después de recibir el bautismo de las balas del ejército de Santos, fué la única que se salvó en el combate del 31 de Marzo. Conservaba esa bandera como reliquia santa, recordando que había sido regalo de las damas nacionalistas de Mercedes y bordada por las señoritas hermanas del malogrado doctor Warren. En la revolución de 1897, era jefe del batallón nacionalista «Leandro Gómez». En el combate de Cerros Blancos, en que fué herido, ocupó el puesto de mayor peligro. El señor Velez era en Paysandú el nervio y el alma del partido Nacional, y á él se le debe allí su actual vigorosa organización. Ha sido el representante de sus correligionarios en todas las convenciones celebradas y á su muerte era presidente honorario del Club «Diego Lamas» fundado por su iniciativa. Valiente, altivo, noble, perseverante y entusiasta, era á la vez que querido entrañablemente por sus compañeros de causa, respetado por los adversarios conocedores de su meritoria vida ciudadana. No fué diputado en los últimos comicios porque no quiso. Prefirió á la banca, la libertad de consagrar su existencia al bien de su partido, en el que últimamente tenía, dentro de la organización militar de aquél el grado de comandante.



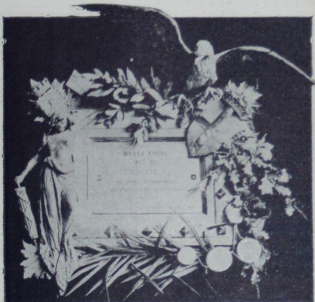
Nuestras sociedades



Presentamos un nuevo grupo formado por alegre muchachada congregada en asociación de recreo. A la fiesta, realizada en la quinta de Cousirack, han asistido, como lo dice el grabado que se tiene á la vista, muchísimas niñas que se han prestado satisfechas á la reproducción fotográfica. Es la Sociedad Recreativa Juvenil, centro de atracción para mujeres bonitas que comparten con los miembros de ella las alegres y lícitas expansiones de los días de campo. Pocas como ellas presentarán en sus fiestas tan lucido marco al cuadro de asociados. Queda en el fotograbado impreso para siempre, el carácter de la tenida inaugural de la sociedad nombrada, que va en creciente progreso y que promete á las amistades de los que son sus componentes, soberbias fiestas para en adelante.

In memoriam

Los italianos de Montevideo al resolver enviar una placa de homenaje á la tumba del rey Humberto, llamaron á concurso entre los artistas residentes en el país. El jurado, compuesto de los señores Andreatto, Goby y Andreoni, prefirió el modelo del señor Félix Morelli que tenemos gusto en reproducir, dando así un nuevo triunfo al laureado autor del proyecto del monumento á Colón.



La placa, que adoptó y ha enviado ya á Roma el comité presidido por el doctor Vicente Stajano, mide 1 metro de ancho por 1 de largo; es de oro, plata y bronce y lleva la siguiente inscripción:

SULLA TOMBA
DEL RE
UMBERTO I
IN ROMA INTANGIBILE
GLI ITALIANI DELL'URUGUAY
POSERO

Montevideo, Luglio 29 1900.

Morelli ha hecho una placa simbólica, representando á la vez que el dolor de los italianos ante la muerte del Rey, su carácter y sus méritos. Las medallas que aparecen sobre la palma, representan los actos notables de la vida de Humberto: el heroico de la batalla de Custozza en 1866; y los filantrópicos con motivo del cólera en Verona en 1882, de la catástrofe de Casamicciola en 1883, y del cólera de Nápoles en 1884.

La elección del 14 de Febrero



En el número anterior tuvimos la satisfacción de reproducir el retrato del doctor Juan Carlos Blanco, con motivo de su elección de presidente del H. Senado y entonces hablamos de las agitaciones partidistas que se habían producido en favor de la candidatura de don José Batlle y Ordóñez para ese mismo cargo. Es sabido que conocido el resultado de aquella elección un numeroso grupo de miembros de los clubs seccionales proclamantes de la candidatura Batlle y Ordóñez acompañó á éste hasta la imprenta de *El Día* saludándolo con vivas á su persona y al partido colorado. Desde la puerta del popular diario de que es propietario el candidato, habló éste á sus correligionarios, pronunciando un discurso que ha sido objeto de ardientes polémicas en la prensa diaria. Nuestros dos grabados dan cuenta de la agrupación formada frente al Palacio de la Legislatura y de la manifestación que acompañó hasta su imprenta al señor Batlle — una de las notas finales del acontecimiento político del 14 de Febrero.

Por lo que éste apasionó á la opinión pública, tienen las dos fotografías innegable interés y á la que como un recuerdo gráfico del suceso, las ofrecemos á los lectores, como un complemento á las informaciones que ya han suministrado los diarios.



Pareja real

Gracias á la encomiable diligencia de un amigo nuestro que reside en Bruselas, podemos ofrecer una verdadera primicia á nuestros lectores: un grupo de la reinita Guillermina de Holanda con el elegido de su corazón, casado ya, y vestidos como dos burgueses, *bras dessus bras dessous* disponiéndose á dar una linda *paseggiata* á caballo, solitos con sus ensueños y con su dicha, por los famosos y pintorescos parques que rodean la industriosa *Gravenhaguen*, la perla de los holandeses, cuna de tantas virtudes.



Ya se conocían muchos retratos de la interesante soberana, algunos de los cuales tuvimos ocasión de publicar, pero el que honra hoy nuestras columnas tiene mucho mayor mérito, además del que le presta la novedad, y es el de representar á la joven y simpática pareja despojada de su estiramiento oficial, en su ser íntimo y rebosando la felicidad que proporcionan los pocos años, la fortuna y las ilusiones realizadas, cosa esta última que escasea aún más en las gradas de los tronos que en las humildes chozas. Y más simpatía aun despiertan los reales esposos, si se tiene en cuenta que no ha sido la inflexible *razón de estado* la que ha concertado su matrimonio, sino la inclinación amorosa, que promete la formación de un hogar dichoso, digno del noble y honrado pueblo holandés. Bueno es recordar, por fin, que ha sido esa encantadora reinita la que ha ofrecido generosa hospitalidad al Presidente Krüger, después que las potencias europeas negaron á éste su apoyo y le mostraron indiferencia. Fué el ángel bueno y consolador del tan desgraciado jefe de los boers, que luchan por su libertad.

Esta fotografía es directa y la primera que llega al Río de la Plata.

El carnaval

El baile del Club Uruguay



En el salón rojo.—*(Fotografía nocturna de Fillat)*

A tout seigneur tout honneur.—Nuestro aristocrático Club Uruguay debe tener primer puesto en esta sección destinada á reflejar gráficamente los más interesantes pormenores de las fiestas que acabamos de pasar. De él como de las demás reuniones sociales celebradas, se da cuenta en las líneas de crónica que les están destinadas.



Club Uruguay.—En el buffet.—*Fot. Fillat*

Hablemos primero de Carnaval. — Desde la lamentable fecha en que se prohibió el juego con agua y huevos y el perfecto derecho de hacer de un ciudadano una sopa ó una tortilla; desde que quedaron excluidos los pomitos y «los huevitos de olor, para las niñas que tienen calor», nuestras carnestolendas han ido evolucionando hacia una forma más galante, más fina, más inofensiva, influenciadas por las modas y novedades del otro lado del charco y severamente tijereteadas sus libertades por la autoridad. Si aquello era más ó menos divertido que ésto, averíguenlo otros, pero dejaremos constancia de que era aquella la manera con que nuestros juiciosos padres se resarcían de la *juiciosidad* de todo el año, y el Carnaval —que es algo así como una válvula de escape de la parte de locura que todos poseemos —merecía en aquellos tiempos chaleco de fuerza. Ahora, no es que desgraciadamente estemos menos locos, sino que la válvula está abierta todo el año, y cuando llegan los días de Momo estamos casi como los otros días. He aquí porque el Carnaval ha perdido su tradicional algazara y sus pintorescos detalles; es esa la razón porque de año en año disminuye el número de máscaras y comparsas, se efectúan menos bailes, se juega con menos entusiasmo y se encuentran un tanto insípidas las serpentinas y papelitos, que carecen de la contundente gracia de los baldes de agua. Este año precisamente se ha notado más el contraste. Hemos tenido un Carnaval callejero pobre, tonto, aburrido, como si el cascabelero dios estuviera ya cansado de tantos años de calaveradas. Su cetro, que otrora hacía brotar la alegría, es hoy una macana cualquiera que dilucida las cuestiones callejeras y su pintoresco traje, tan brillante, está en tristes y sucios harapos. El Momo populachero es ya un atorrante vulgar y sin duda es por eso que las máscaras de este año, en su mayoría, se han



La calle 18 de Julio



Niños de Etchepare, Piera y Castellanos

disfrazado como él. Porque á la verdad, no se ha visto por las calles nada de particular en lo que se refiere á esos grupos sueltos que son un poderoso contingente para la animación general. Excepción hecha de los populares actores Mesa y Ferrer—á quienes los lectores podrán ver en nuestros grabados vestidos de mujer, traje por el que tienen marcada predileccion—y que, por lo conocidos se salvaron de alguna rechifla digna de la historia, las demás máscaras fueron pocas pero malas. Quede el consuelo de que eran pocas.



Un carruaje lujoso

De comparsas no hemos andado del todo mal y en nuestra información gráfica encontrarán los lectores algunas que se desempeñaron brillantemente y que obtuvieron el aplauso general. La muchachada, siempre alegre, se congregó alrededor del estandarte de sus simpatías, organizándose sociedades bien disciplinadas, algunas muy numerosas, que recorrieron las calles é hicieron sus visitas cubriéndose de lauros de papel de distintos colores.



Comparsa Negros de Nyanza

El corso, sobre todo el del lunes, fué lucido, y fué en él donde más brilló la nota carnavalesca. La dieron las muchachas, las que se disfrazaron para pasear en carros, meterse con todo el mundo, intrigar á los conocidos, armar una algarabía que no nos atrevemos ni por galantería á llamar coro de gorjeos y lucir bajo los misteriosos antifaces parte de una tentadora cara y unos ojos como estrellas. Ellas fueron las heroinas de las fiesta y llevaron atados á sus carros—aunque eran de alquiler—quién sabe cuantas conquistas y cuantos admiradores de su gracia. Había de todos los colores, de todos los significados, con disfraces oportunos la gran mayoría, en vehículos más ó menos adornados, pero distribuyendo todas la alegría, la animación, el bullicio ese del Carnaval que excita al más indiferente á lanzarse á la algazara general. Ofrecemos también la fotografía de algunos carros, entre ellos el titulado *Rincón Azul* que hacía competencia á otro denominado *Rojo y Blanco*. Agradecemos las referencias. El corso, moviéndose entre la enorme concurrencia que llenaba las aceras por todo el trayecto, han sido lo más notable de las fiestas en el Centro, pues en el Cordón y en la Unión hubo corsos, torneos de comparsas y una extraordinaria animación. De ellas darán idea las instantáneas que entresacamos de las muchas tomadas por nuestros fotógrafos, á los que prestó



Las con esperanzas



Las más elegantes

útil ayuda el señor Bañales. Claro que los bailes



Mesa y Ferrer

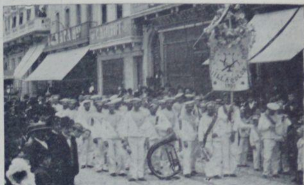
merecen capítulo aparte. El del Club Uruguay fué un verdadero torneo de distinción y de elegancia. Los amplios y lujosos salones fueron la noche de la fiesta la realización de un cuento de hadas. Nuestras niñas más distinguidas, con ma-



Ferrocarril de la explotación

gníficas *toilettes*, ya de fantasía ya de baile solamente, eran allí el principal de los atractivos. Se confundían los dominós de seda con los trajes estilo imperio, las espirituales bebas con elegantes princesitas ó con graciosas pastoras y, bajo la luz profusa, en la fantástica reproducción de la sala en los grandes espejos, el cuadro resultaba maravilloso. En aquel ambiente que parecía cargado de un perfume de gracia y de *chic*, resaltaban más las delicadas siluetas ondulando á

los compases de los boston ó en el ceremonioso paseo. Entre el *frou frou* de la seda, entre ese rumor indefinible de las grandes fiestas, se destacaban las voces argentinas y agudas de las máscaras que bromeaban ingeniosamente y que



Hijos del trabajo, de Villa Colón

hacían pasar las penas amargas, auxiliadas por el antifaz, á sus voluntariosas víctimas.

El baile, hasta en sus más mínimos detalles, fué espléndido y dejó la impresión exquisita de una noche en que en feliz consorcio reinaron la gracia, la distinción y el lujo, en el trono de la alegría.

El Club Español tuvo también su noche y la



Tablado de la calle Defensa

fiesta que ofreció fué igualmente brillante y animada. Durante unas horas desfilaron por los salones grupos de encantadoras máscaras. Los antifaces ocultaban los rostros de nuestras niñas más conocidas, que hacían gala de su espiritualidad y su gracia. Hubo momentos en que lo numeroso de la concurrencia hizo difícil el baile; pero no cesó un instante la deliciosa charla femenina, que resultaba la más hermosa música de la fiesta que duró casi hasta el alba.



Los como quiera

Casi todas las sociedades recreativas ofrecieron también brillantes fiestas y de alguna de ellas, como de la del Centro de Dependientes Minoristas, ofrecemos una nota gráfica que tomó el señor Jesús Cubela.

No puede, pues, decirse que en los salones haya estado desanimado el Carnaval y nuestros dos Clubs más distinguidos han dado de ello una prueba bien brillante.

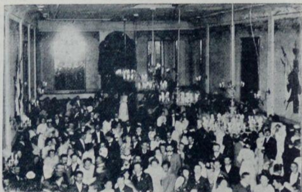
Todavía nos queda el día de hoy: el entierro. Si arreglado al difunto son los honores, parece que el pobre Momo tendrá por las calles unos tristes funerales. Sin embargo, probable es que la gente se anime y que la despedida valga por todo lo que le han faltado á los clásicos días. Por de pronto, anoche, en el Club Español, debe haberse efectuado otro baile tan hermoso como el de noches pasadas y los otros centros repiten sus fiestas para que las exequias resulten más hermosas y dignas de un personaje que tan alta y larga figuración viene teniendo. Se reproducirá, aunque con mayor brillantez, es de esperarse, lo del domingo y lunes pasados, que reproduciremos á nuestra vez en estas páginas agregando nuevas instantáneas á muchas que no hemos podido publicar en este número á causa de la absoluta falta de espacio. Y serán por este año las últimas notas carnavalescas, pues también se ha perdido la costumbre de hacerle funerales á Momo. Probablemente sólo se encargarán de ellos algunos negros lubolos que son los más constantes y respetuosos cultores de la tradición y del corcho quemado para la cara. Las cenizas del carnaval de este año las llevará el viento del olvido sin dejar ni rastros. Es lo mejor, ya que el pobre vivió tan tristemente, en medio de la indiferencia general. El próximo lo ha de vengar.



Comparsa Rincón Azul



El baile de los Dependientes



El baile de los dependientes. — Aspecto general de la sala

Armand Silvestre



Acaba de fallecer en París uno de los más fecundos é ingeniosos escritores franceses de la segunda mitad del siglo XIX, Armand Silvestre. Poeta delicado y poeta festivo, que era á ratos un Lamartine y á ratos un Villon ó un Parny; cuentista inagotable en quien revivían la autora del Heptameron, Voltaire y Crebillon el menor en amable consorcio, Silvestre era uno de los más completos representantes del *sprit gaulois* en la literatura francesa de los últimos treinta años. Deja varios volúmenes de poesías, dramas, comedias y libretos de óperas y más de un millar de cuentos esparcidos en diarios y revistas y reunidos en libros que rebosan ingenio hasta por los títulos.

Remedando á un epigramático griego, bien podría escribirse en la tumba de Armand Silvestre: ¡Tierra, sé ligera, aire pasad ligero, aves cantad alegremente, sobre quien tan ligero fué en su vida y en sus escritos y tan dulce y alegremente cantó á las cosas placenteras y amables de la vida!



¿Cómo se encuentra?

Los últimos momentos de Victoria

Patética escena representa el grabado que acompaña á estas líneas.

Es una escena tomada del natural en la antesala de las habitaciones de la Reina Victoria de Inglaterra.

El estado de su majestad es desesperante; parientes, amigos íntimos, altos dignatarios, esperan por momentos conocer el fallo fatal de la dolencia.

Todo el castillo de Osborne respira esa atmósfera de sobresalto, de angustia, tan natural en tales casos.

Los médicos de cabecera se relevan de vez en cuando, cada vez que uno de ellos traspone la puerta de la alcoba real, todos con la mirada, con un gesto, los más íntimos, los más importantes, con una frase, preguntan por el estado de la augusta soberana.

¿Cómo se encuentra? preguntan, y los médicos nada pueden contestar. ¡Aquel estado de la enfermedad duró tantos días que representan tantas horas y tantos minutos de angustia y de espectativa!

La escena que representa nuestro grabado reproduce con entera verdad todo lo grave del momento, todo el terror que encierra la pregunta: ¿Cómo se encuentra?

Desgraciadamente, momentos después de esta escena, la Reina Victoria, dejaba de existir.



Saludando al Príncipe de Gales

EL KAISER EN INGLATERRA

Cuando la enfermedad de la Reina Victoria, uno de los primeros parientes de la fallecida reina que acudieron á verla y atenderla en sus últimos momentos fué el emperador de Alemania á quien recibió en la estación de Charing Cross el Príncipe de Gales, hoy Rey de Inglaterra.

Fué conmovedora la entrevista de los dos príncipes en el vagón especial que condujo al Kaiser hasta Londres y donde el Príncipe de Gales, después de abrazarle le dijo: Dios os bendiga por haber venido.

En aquellos momentos la presencia de los parientes era consuelo para los que atendían jadeantes, inquietos el desenlace de la enfermedad de la Reina, mantenida durante tantos días, por medio de solícitos cuidados y de las atenciones de la ciencia que no se dió por vencida hasta haber agotado todos los recursos que dictaba la experiencia y la ciencia de los ilustres médicos que atendieron á Victoria, desde que ésta sintió los primeros síntomas de su dolencia.

La fotografía que acompaña á estas líneas constituye una nota curiosa para la historia del fallecimiento de Victoria.